

BIBLIOTECA CENTRAL

U. A. M.

SERMÓN

PREDICADO EN LA PARROQUIA DEL SAGRARIO DE MÉXICO EL DÍA 20

DE ENERO DE 1884, ÚLTIMO DEL TRIDUO DE EXPIACIÓN

PROMOVIDO POR EL PRESBITERO INGLÉS

D. KENELMO VAUGHAM.



*Ecce ego iudicio contendam tecum, eo quod
dixeris: Non peccavi.*

He aquí que yo entraré en juicio contigo,
porque has dicho: no he pecado.

JEREM. II, 35.



QUIEN ha estudiado, aunque sea superficialmente, la historia del mundo, no pueden sorprender las calamidades que nos agobian. Como nos enseña el inspirado autor del Eclesiástico, lo que está pasando actualmente, los acontecimientos que verán las generaciones futuras, no son, ni pueden ser, sino una repetición periódica de los sucesos que presenciaron nuestros antepasados; porque ahora, lo mismo que en tiempo de Salomón, nada hay nuevo bajo del sol. *Quid est quod fuit? Id quod futurum est. Nihil sub sole novum.*

Beneficios derramados por la mano de Dios; ingratitud y pecados de parte de los hombres; castigos del cielo; arrepentimiento de los culpables; perdón y nuevos

beneficios del Creador, y después nuevas faltas de la creatura: he aquí la serie regular de acontecimientos que desde el paraíso hasta nuestros días van sucediéndose en invariable giro. Pero si la historia en general es la misma, claro es que la historia particular de cada hombre y de cada generación no puede ser idéntica. A unos toca edificar y á otros destruir; á unos sembrar y á otros recoger. Una generación viene al mundo en el momento del triunfo; á otra le toca vivir en la época del cautiverio. Para que haya mártires es preciso que surjan verdugos; para que haya vencidos se necesitan vencedores; para que resalte la virtud fuerza es que se dibuje la sombra del vicio.

¡Cuán diferentes Abel de Caín, Esaú de Jacob, David de Saul! ¡Cuán diverso aquel pueblo de Dios recién sacado de la servidumbre de Egipto, que caminaba de victoria en victoria á la conquista de la tierra prometida, y el Israel del tiempo de Jeremías, esclavizado, aherrojado, envilecido, que en vez de convertirse al Señor su Dios, huía voluntariamente á aquel Egipto de donde lo sacara, y en lugar de reconocer su culpa é implorar el perdón de Jehová, se le encaraba con insolencia, y le decía: "*Abs-que peccato et innocens ego sum!*" Aparta, oh Señor, tus injustos castigos, nunca menos merecidos que ahora. Puro está Israel y sin mancha como los panes ázimos que te ofrecen tus sacerdotes, blanco cual las palomas que se te sacrifican, más limpio que los corderos que se te inmolan. Retira, oh Señor, tu mano vengadora; que premios, no azotes, merece nuestra generación: *avertatur furor tuus a me.*"

¡Ah! Con justicia se aumentó hasta el extremo la ira

del Omnipotente, con esta actitud de sus orgullosas creaturas. Con razón le respondió indignado: ¿justo te crees, é inocente y sin mancha? ¡Oh pueblo ingrato y obcecado! Tu vileza no conoce igual, *vilis facta es nimis*. Vuestros padres pecaron; pero reconocieron su culpa, y su penitencia me movió á concederles mi perdón. ¿Haces alarde de tu inocencia? Yo te pondré en la fiel balanza de mi juicio, y te haré ver por medio de Jeremías y otros Profetas, tus iniquidades sin número, tus traiciones sin igual, tus culpas sin ejemplo; yo te haré palpar, quieras ó no quieras, la lepra inmundada que te cubre de pies á cabeza: *ecce ego iudicio contendam tecum.*

Sin que yo os lo diga, Señores, ya estáis haciendo comparaciones en el fondo de vuestras almas; ya estáis viendo que el rasgo característico de nuestros tiempos es el descaro y la desvergüenza en negar el pecado, como en la época de Jeremías. Sin que yo os lo diga tampoco, empezáis á temer que el Señor nos juzgue con la terrible severidad de entonces, y nos condene á idéntico cautiverio. Fácil es, por tanto, mi tarea. Se reduce á confirmar estas vuestras ideas, indicándoos algunos puntos de semejanza que tiene nuestra época con la del Profeta, y excitándoos en seguida á derramar con Jeremías abundante llanto, aunque no del todo como las lágrimas que bañaron el rostro del penitente varón.

Tal será el tema del breve discurso que voy á dirigiros, cediendo á las repetidas instancias de celoso sacerdote de lejanas tierras, hermano según la carne, de ilustre Prelado Británico¹ que es también hermano mío no sólo

¹ El Illmo. Sr. D. Herberto Vaughan, Obispo de Salford (Manchester).

por el episcopado, sino por la antigua y santa amistad que hace muchos años nos une, y por el pan de la hospitalidad que en su casa he gustado. Quiera el Señor inspirarme como á su Profeta, y la Virgen Madre interceder por este su siervo.

Ave María.

I

Aterradora, cuanto gráfica, es la descripción que nos ha dejado Jeremías de los pecados de Israel. Quisiera repetir una á una sus enérgicas palabras, sus egregias comparaciones, sus vivas pinturas, sus contundentes reproches, sus terríficas amenazas, sus abrumadoras profecías, tales como se encuentran en el capítulo V del libro que dictó á Baruch. Pero ni me atrevo á cansaros con una larga y literal repetición, ni osaría lastimar los oídos de este ilustrado auditorio con expresivos símiles que sonaban bien en Jerusalén, pero que al mundo moderno agradarían poco; pues es axioma bien conocido que mientras más desvergüenza hay para pecar, mayor es el rubor que se afecta al escuchar el nombre del pecado. Resumiré, sí, en breves frases las sentencias del Profeta, y sustituiré sus parábolas y comparaciones con otras, aunque no tan enérgicas en el fondo, menos orientales en la forma.

Recorred, dijo el Señor por los labios de su Profeta, recorred una á una las calles de mi querida Jerusalén, escudriñad todos sus rincones, dad vuelta á cada una de sus plazas, llamad á cada una de sus puertas, y encontradme, si podéis, un solo hombre según mi corazón. En

Sodoma pedí diez justos; en mi ciudad predilecta me contento con uno, con uno solo que se encuentre á la altura de las tristes circunstancias que la afligen, que se conserve puro en medio de la corrupción general, que no se deje llevar por las viles pasiones que á todos subyugan, que sea eminente en la observancia de la Ley de Moisés, que administre justicia á la viuda y al huérfano sin que mancille sus manos infame cohecho, que no esté dominado por la sed execrable del oro, cuyos ojos no se deslumbren con el fasto, que dé gloria á mi nombre y no se haya postrado ante falsas divinidades. Encontradme este justo dentro de los muros de mi ciudad querida, y yo la salvaré. *Aspicite an inveniatis virum facientem iudicium, et quærentum fidem, et propitiuss ero ei.*

Es cierto que hay muchos que se jactan de conocerme, que profesan aparentemente la Ley santa que dió en el Sinaí, que invocan mi Nombre y parecen adorarme; *quod si etiam Vivit Dominus dixerint.* Pero aun éstos en realidad me desconocen, me confunden con los ídolos de barro y de bronce que se han forjado otras veces; juran en falso por mí como por ellos, y creen que no castigaré sus blasfemias, que mi mano ha perdido su fuerza y mi brazo es impotente como el de las falsas divinidades. *Et hoc falso jurabunt. Negaverunt Dominum et dixerunt: non est ipse neque veniet super nos malum.*

Cuando oyó Jeremías tan terribles verdades, quiso en vano disculpar á su pueblo. “Los que te han abandonado, dijo al Señor, son de seguro los rudos é ignorantes, los de la hez de la plebe que jamás han estudiado tu Ley ni escuchado á tus sacerdotes. Iré á los palacios, hablaré con los grandes, escudriñaré la vida de los magnates, y

entre ellos hallaré el justo que deseas, el varón eminente de cuya virtud y hechos esclarecidos depende la salvación de todo un pueblo.”

¡Desdichado Profeta! Penetra, penetra en los alcázares, sube á los tribunales, entra en las sinagogas: ¿qué encontrarás en esas elevadas mansiones? Vicio, depravación, costumbres corrompidas, infidelidad, idolatría, ateísmo, más aún que en las clases humildes. El hogar, que entre los pobres todavía se respeta, entre los grandes se viola á cada instante: nadie se contenta con su huerto, todos corren furiosos á coger las flores del ajeno; desprecian las frutas de su propio verjel, y sólo les incita el olor de las del vecino. Ya no se contentan con la segregación á que el Señor destinó su pueblo; quieren ser grandes como las naciones circunvecinas, y creen que sólo adquirirán esta grandeza renegando del verdadero Dios, y acogiéndose á deidades adoradas en extraños países, deidades que no son deidades, ni pueden protegerlos ni engrandecerlos.

No pararán aquí tus desengaños ¡oh Jeremías! A tí, verdadero Profeta, á tí, enviado por Dios para excitar á tu pueblo á la penitencia, á tí, porque les anuncias terribles verdades, te desoirán, te perseguirán, te matarán. Y desde el fondo de tu prisión, cargado de cadenas y en vísperas de ser conducido al suplicio, podrás oír á mentidos profetas anunciar mil y mil falsedades, predicar contra Jehová y contra su culto; y verás á Israel que los escucha, que los sigue, que los venera; á Israel, sí, conducido por sus mismos sacerdotes, que aplaudirán frenéticos á los mendaces predicadores, porque les anuncian triunfos, y no castigos como tú, delicias y placeres, y no

penitencia. *Prophete fuerunt in ventum locuti. . . . Prophete prophetabant mendacium, et sacerdotes applaudebant manibus suis, et populus meus dilexit talia.*

¿Comprendéis, Señores, cuál fué la indignación del Dios de Israel, cuando después de tantos y tan patentes crímenes oyó á su pueblo decir con increíble impudencia: *¿Qué pecado hay en esto? inocente soy, y en nada he delinquido?* ¿Os maravillan las amenazas que justamente irritado dirigió por los labios de su Profeta? ¿Os asombran las terríficas órdenes que dió en su indignación á los aguerridos caldeos? Id, les dijo, corred, volad; alinead vuestra infantería, ordenad vuestros escuadrones, aprestad vuestros dromedarios. Cercad la ciudad de Jerusalén, que tanto amé en tiempos pasados; escalad sus muros, que yo hice edificar, y hoy os mando destruir. Derribadlos. . . . mas ¡ah! no destruyáis del todo sus cimientos: pasad á cuchillo á sus defensores. . . . pero no, no á todos sus habitantes; sólo á los jefes de cada familia, y á los magnates y á los próceres sobre cuyas frentes recae la culpa de tamañas prevaricaciones. ¿Cómo puedo perdonar tan enormes maldades? ¿Cómo no he de castigar tan infandos crímenes? *Super quo propitius esse potero? Numquid super his non visitabo?*

Trasladaos ahora, de la Jerusalén de aquella época á la cristiandad de los tiempos presentes. Hallaréis desde luego los mismos pecados, y la misma desvergüenza en negarlos. Recorred el mundo, y en Imperios y Repúblicas, en el Viejo y el Nuevo Continente, en las ciudades populosas y en las aldeas de contados habitantes, escucharéis las mismas quejas. Todos se lamentan de la rapacidad y avaricia, de las duras entrañas y falta de

equidad en los que descuellan por poder ó riquezas, ni más ni menos de lo que Jeremías se quejaba en los días calamitosos que precedieron á la ruina de Jerosólíma. ¿Las habéis escuchado alguna vez en torno vuestro? ¿Habéis sido alguna vez víctima de tamaños desmanes? ¿Habéis visto el socialismo luchando con la sociedad, ó lo que es peor, sólidamente entronizado? . . .

Lo que yo puedo aseguraros es que ese crimen que Dios abomina más que ningún otro, el delito de *ateísmo*, es más general aun en derredor nuestro, de lo que ordinariamente se cree. Es opinión harto común, y de cierto participáis de ella, que no hay un hombre que sea positivamente *ateo*. Parece, en efecto, imposible el negar absolutamente un Ente superior á todos, una Fuerza creadora, un Autor primario de las maravillas que existen, un Motor supremo del universo, un Regulador, un Ordenador de esta máquina que llamamos mundo. Pero esto no quiere decir que cuantos se rinden á tan evidentes verdades conozcan á Dios, adoren á Dios, crean en el verdadero Dios. ¿Son, por ventura, idénticos el Dios de los cristianos y el *Ser Supremo* de la Revolución Francesa? ¿Puede confundirse nuestro Dios, el Dios de los católicos, el verdadero Dios, con ese Ente indefinido y vago, sin fuerza para hacer ejecutar sus propias leyes, sin energía creadora, sin premios ni castigos, sin cielo ni infierno, sin nociones exactas de lo bueno y de lo malo, que no sé qué secta denomina el *grande Arquitecto del universo*? No, y mil veces no. El afirmarlo sería tan absurdo y tan blasfemo, como identificar á la Trinidad augustísima con las tres diosas de los paganos, que se disputaron el premio de la belleza.